

—Corriente, dijo Salvador, á dos pasos y con las pistolas que gustes, espero á tus padrinos.

—Dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

Carlos salió de la casa de Salvador, y se encontró en la calle sin saber qué partido tomar: hacía un frío horrible y casi no había gente en las calles.

Carlos entró en el primer café que encontró á su paso: lo primero que vió fué un inglés; lo primero que le ocurrió hacer cuando el inglés se fijó en él, fué una seña.

El inglés le tendió la mano, y la palabra *brother* sonó en sus labios.

Bastaron al inglés cinco palabras para ponerse ufano, y para estar en disposición de prestar sus servicios.

Diez minutos después dos ingleses tocaban á la puerta de la habitación de Carlos.



CAPÍTULO XII.

EL DESAFÍO.

EN la tarde de ese mismo día, Salvador y Carlos estaban en el sitio del combate.

Carlos había tenido tiempo de examinar las tres pistolas, y autorizado por Salvador, había retenido en su poder la pistola inofensiva.

Los padrinos de Carlos cargaron las pistolas, por vía de prueba dispararon en presencia de Carlos, y las dos balas se estrellaron en la placa.

Con esta prueba plena, Carlos iba seguro de que alguno de los dos sucumbiría.

Los padrinos de Salvador consiguieron, merced á mil ruegos, que la distancia fuera de cinco pasos.

Salvador solicitó permiso para hablar solo con Carlos, y lo hizo de este modo:

—Todo lo he arreglado, lo que tengo le pertenece á tu loca, á la pobre María. Voy á morir: es justo, pero ofrécame que me perdonarás: te voy á dar mi vida por tu perdón. Adios.

Y Salvador estrechó con firmeza la mano de Carlos, y se separó lo necesario para ponerse en su sitio.

Los padrinos se colocaron en sus puestos, el cirujano tenía listo todo lo necesario.

Salvador estaba tranquilo, había más, estaba radiante.

Carlos estaba absorto, pero firme. Envió hacia el pasado su pensamiento, y sintió no sabemos qué extraña voluptuosidad al pensar en la muerte; estaba á su vez resuelto.

Formuló interiormente una despedida al

mundo, se colocó en su puesto y esperó la voz.

Los ojos de Salvador estaban fijos en los de Carlos.

Carlos iba perdiendo su sensibilidad é iba á obrar automáticamente; había perdido la idea de la gravedad de aquel acto; pensó en la mira, en el punto, en la bala y en el corazón de Salvador con una precisión matemática; sabía que la luz iba á desaparecer para siempre, y al borde de aquel abismo, ni temblaba ni retrocedía; sentía sobre su alma la atracción de la eternidad, como una dulce somnolencia.

Jamás el estoicismo llegó á disecar una alma, al grado á que había llegado la de Carlos.

Ya no sentía odio: había algo como la beatitud del mártir en su espíritu.

Por fin sonó la seña, y tras de la seña la detonación....

Los dos adversarios permanecieron de pié, inmóviles como dos estatuas.

Solo había salido el tiro de Salvador.

Carlos seguía apuntando.

—Tira, dijo Salvador, soltando la pistola y rasgándose el chaleco para presentar el pecho á su adversario.

Carlos bajó la pistola.

Los padrinos se acercaron.

Los adversarios se separaron.

Carlos levantó la pistola que había tirado Salvador, se fijó en el pié de gato y.... tenía la mancha del pavón, era la inofensiva; en seguida se acercó á un árbol, disparó y su bala se clavó en la corteza.

Los dos amigos se dirigieron una larga y elocuente mirada.

Salvador aún insistió en quedar á la disposición de Carlos, y éste hizo una señal que indicaba estar satisfecho.

Reinó una embarazosa reserva en todos los personajes de aquella escena, y colocados en sus respectivos carruajes, emprendieron separadamente el camino de la ciudad.

En la noche, Salvador fué quien buscó á Carlos.

—Te ofrecí, le dijo Salvador, darte mi vida por tu perdón, he cumplido, perdóname.

Los dos amigos se abrazaron.

Carlos lloró....

Como una convalecencia, pasaron varios días como nublados para aquellos dos amigos.

Salvador un día, se propuso cambiar aquel nublado y volverle á Carlos la alegría que había perdido.

A partir de aquel momento, Carlos y Salvador apuraron juntos la copa de todos los placeres parisienses, hasta llegar á olvidar la historia de María.

Esta pobre niña vivió dos años en el hospital del Divino Salvador de México, y recobró la razón sólo para pronunciar los nombres de su padre y de Carlos. En seguida cerró los ojos para siempre.

Hasta aquí la historia del pasado: volvamos á tomar el hilo de los acontecimientos, en el momento en que los convidados acaban de levantarse de la mesa, impresionada-

dos vivamente con la relación con que Carlos había logrado hacer fijar la atención en Salvador.

Por supuesto, que Anita, Castaños, Carolina y doña Refugio, lejos de dirigirse á sus respectivos domicilios, formaron corro con el loable fin de comerse vivo á Salvador.

Chona había podido apenas tener fuerzas para llegar á su dormitorio, y una vez en él, cuidó sólo de cerrar y se entregó de lleno á la fiebre de sus tumultuosas ideas.

Salvador, aquel sér tan espiritual, aquel seductor tan irresistible, aquella alma tan apasionada, aquel hombre tan tierno, era el mismo Salvador infame, el cazador, el asesino, el miserable de la historia de Carlos.

—¡Qué abismos insondables guarda el corazón humano, decía Chona. Acaso sea una fábula todo ese terrible relato... No, no es Salvador, es imposible; aquel Salvador era un monstruo, y éste es un ángel....

—¿Y Carlos?... dijo al cabo de un rato.

Carlos lo comprende ya.... lo comprende todo, y prepara una venganza horrible,

quiere desenmascarar á Salvador, y.... qué sé yo qué trame.... jamás lo había yo visto animarse como ahora, al relatar su historia; ¿qué será de mí? Hoy, al sentir sobre mí todo el peso de mis faltas, me siento sin fuerzas para combatir; ha llegado el momento del terrible desenlace que presentía, era preciso, era preciso....

Sacó á Chona de sus meditaciones un ruido inesperado.

Salvador había osado penetrar allí: Chona se estremeció.

—¡Silencio! dijo Salvador y se acercó á Chona.

No tenemos un momento que perder, todo ha concluído. No hay más que un camino, ¡vámonos!

—¡Irnos! exclamó Chona.

—O soportar la vergüenza, arrostrar con el escarnio de todas estas gentes, ¡vámonos! ¡sígueme!

—¡No! dijo Chona.

—¿No?

—Espero como tú mi fallo, ¡vete!

—¿Abandonarte?

—Sí.

—¡Jamás!

—¡Salvador! reflexiona.

—Estamos perdidos.

—No: todavía es tiempo.

—Sólo de huír.

—De enderezar nuestros pasos.

—El velo está corrido.

—Aún es tiempo.

—Es tiempo de morir ó de huír para siempre. Mañana será ya tarde; Carlos me ha invitado....

—¿Á qué?

—Á salir los dos mañana al campo á matar tortolitas.

Chona se estremeció.

—Deberá volver uno de los dos, por mi parte te ofrezco volver ¿pero cómo....? Hoy no daré mi vida sinó á tí, Carlos me ha enseñado á ser celoso y á odiar.

—Te enseñó á perdonar.

—Yo le enseñé á morir.

—Pero de nuevo lo traicionas, y yo....

—¡Ingrata! exclamó Salvador con una exaltación mal reprimida. ¿Acaso no comprendes todo lo que vales para mí, supuesto que he pasado sobre lo mas sagrado para mí en el mundo, sobre un hermano mío, sobre Carlos mismo? ¿Qué otra mujer, por poderosos que fuesen sus atractivos, por grande que fuese su amor, hubiera podido obligarme á pisotear ese respeto?

Yo te amo Chona, como jamás amé en el mundo, ya sabes que amo por la primera vez, ya sabes que soy otro hombre, que atravieso por la época de mi regeneración. He sido capaz de respetar, como seré capaz de morir á tus piés, antes que pensar en perderte. Desafío al mundo á que nos separe, y puesto que Carlos se ha de atravesar en mi camino, adelante; culpa será todo de su estrella y de la mía.

Estoy resuelto; huye conmigo ó lo perdemos todo; mañana va á pedirme cuenta tu marido, mañana....

—¡Salvador, por Dios, me vuelvo loca! ten compasión de mí, tú me has dicho que

me amas, con la esperanza de un mas allá todo de amor; me has hecho creer en un mundo hecho para los dos y me has ofrecido inmolarte aquí, para merecer eternamente. ¿En dónde está esa abnegación, en dónde tanto amor? ¿Por qué me has hecho descender desde el cielo á donde me encubriste, hasta el abismo de esta realidad tan desgarradora? ¿En dónde están tus palabras de consuelo, en dónde está tu fé, Salvador? Salvador, que el mundo no acabe por señalarnos con el estigma del desprecio, ¡esto es horrible! ¿qué haremos? ¿en dónde encontraremos una justificación razonable? vamos á ser entregados á la execración de las gentes, como simples reos de un delito espantoso, no, no; y si hasta aquí me he dejado llevar en alas de la pasión que has sabido inspirarme, aún es tiempo de detenerme al borde del abismo; arrostraré con el castigo de la mujer que ha errado, pero no con el de la que ha consentido en el crimen.

—Chona: la sociedad no sabe entrar en

sutilezas, ni elimina á nadie de sus fallos, clasificando las faltas; la sociedad no conoce más que un delito común, y su fallo, ese terrible fallo, lo fulmina en una sonrisa; pues bien, ya hemos recogido las sonrisas de Castaños, las de Anita, las de doña Refugio y todas las de esos espectadores de la vida de los demás, que han aceptado un papel en la comparsa, para censurar acciones que tendrían sumo placer en ejecutar.

Esas gentes «son así», para ellas no hay más que un paso, no conocen la lucha, no admiten atenuaciones, no raciocinan, solamente fallan que es lo mas fácil; pues bien, si ya soportamos ese fallo, arrostremos con él y no lo perdamos todo; los momentos presentes, son los únicos de que podemos disponer; mañana será ya tarde, porque la venganza de Carlos va á ser terrible cuanto ha sido aplazada, no retrocederá; hay más, no debe retroceder, tiene el derecho de matarme como un perro; pudo perdonarme una vez, pero ahora no; en María le herí su amor, hoy le arrebató la honra; hoy le

arrojo á la cara, toda esa suma de ridículo que la sociedad tiene preparada tan injustamente para todas las víctimas, porque la sociedad, Chona, no castiga al delincuente sino al que sufre. Si vieras cómo me prodigan sus sonrisas las mujeres, y cómo me envidian los calaveras; si pudieras deletrear esa sorda ovación que se levanta en la sociedad, al rededor del que seduce y del que triunfa; si tradujeras toda la suma de desprecio y de ironía que esa sociedad reserva al que no tiene más delito que tener un amigo infiel; si levantaras ese velo y contemplaras el lodazal asqueroso de esas ruines pasiones, acabarías por despreciar á esa sociedad injusta que aplaude los vicios, que protege á los seductores y que escarnece á los que sufren; esa sociedad Chona, no merece que te inmoles por ella, no es digna de que le rindas un homenaje que te devolverá, mofándose de una escrupulosa de nuevo género, porque nadie te cree inmaculada, porque á esa sociedad le ha bastado vernos juntos hablándonos,

para que sin preguntar más que tu estado, falle en contra tuya.

Pero lo que este fallo tiene de terrible, continuó Salvador exaltado, es que se convierte en aplauso; sí, Chona, en estos momentos, todos se ríen de Carlos y todos nos envidian; tú eres hermosa, eres envidiable y todos esos pollos almivarados, quisieran estar en mi lugar, y todas esas señoras quisieran estar en el tuyo.

Si la aprobación de esa sociedad es la que buscas, al retroceder no harías más que atraerte la burla de todas esas gentes que viven de la difamación y del escándalo. Vámonos, Chona, no es posible retroceder. Mañana.... mañana no huiré como un cobarde, sinó que tendré que matar á tu marido, en pago de que él no quiso matarme alguna vez; mañana cuando me provoque (porque me va á provocar) yo no podré ser generoso, porque mi generosidad sería renunciar á tí; mañana á estas horas lo habré matado, y entonces tendrás que seguirme para confundir tu vergüenza con la mía,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
núm. 1625 MONTEDEY, MEDIC.

para eludir el oprobio de vernos entregadso á la justicia estúpida de un alcalde de pueblo; vámonos Chona, no tenemos ya otro camino, está trazado nuestro itinerario, no puedes ser ya en el mundo más que mía.

Chona había escuchado una á una todas aquellas palabras, recogíendolas en el pié-lago de amargura de su alma como para hacer que rebosara tanta hiel que la matara.

El convencimiento exacto, indiscutible de sus faltas la obligaban á emprender la más formidable de las luchas morales de que es capaz el espíritu.

Se contemplaba Chona tan irremisiblemente orillada al crimen, y tan impotente para borrar una falta irremediable, que se sentía ya próxima al despecho; estaba al romperse el último hilo que la ponía al lado del deber; en aquel momento una caricia de Salvador, una palabra más, era ya suficiente para arrastrarla al despecho absoluto; pero no sabemos qué angel se cernía entonces todavía sobre Chona, no sabemos qué efluvios de clemencia llegaban hasta la

virtud misma, que inmovilizaron las manos del seductor, que aprisionaron la palabra, que trajeron una pausa de silencio á aquella escena.

La mente de Chona, suspensa al borde del abismo, comenzó á retroceder obedeciendo á una voz que le había sido familiar durante muchos años; y revistiéndose de cierta entereza inesperada, dijo á Salvador.

—Deliras. Por mi parte, acato á la sociedad que tú desprecias y respeto sus fallos, porque injustos ó buenos son los únicos competentes; no ambiciono el aplauso de Castaños ni me halaga la complicidad de los débiles: en el seno de esa misma sociedad existe el juicio recto y una norma única que debe guiar nuestras acciones: me basta la calificación de un hombre sensato, la aprobación de una sola persona virtuosa, y sobre todo, me basta el aprecio de mí misma.

Ser criminal para aparecer buena, delinquir en la sombra para vestirse á la luz la

túnica de la pureza, es una infame hipocresía de que no me hallo capaz.

Hasta aquí he luchado cuanto mis fuerzas me lo han permitido, y si he sido débil en no cortar á tiempo el mal, aún soy bastante fuerte para no rodar al abismo.

—¿Llamas abismo á la felicidad de amarme?

—Sí, porque tu amor, por grande que sea, es una transgresión, es un delito: no debemos amarnos.

—Ya no es tiempo de retroceder, el verdadero abismo está á nuestros piés, está en permanecer aquí esperando un desenlace funesto: en nuestra fuga está nuestra salvación, sígueme.

—No.

—Tú no me amas, no, ni me has amado nunca; si me amaras, te daría horror perderme.

—¡Salvador!... ten piedad de mí, no apelles á mi amor, no desgarres mi corazón. Espera... oye... Tú me has dicho que nuestro amor no era mas que el principio de una



SIGUEME.

felicidad desconocida, me has hecho creer que...

La voz de Chona fué cortada, confundiéndose con el ruido de una detonación, á la que sucedió un ruido espantoso, como si la habitación en que estaban Chona y Salvador se les viniese encima.

Abrióse á la sazón la vidriera de una ventana y cayó sobre la mesa un jarrón con flores derribando un candelabro en que ardían dos velas.

Reinaron repentinamente las tinieblas y crecía por momentos el ruido que anunciaba una catástrofe desconocida.

